
Juan Ricardo Nervi

El 7 de julio de 2004, a los 83 años, falleció el Maestro Ricardo Nervi. Nacido en Eduardo Castex (La Pampa) y egresado de la Escuela Normal de Santa Rosa, fue profesor escritor, periodista e investigador.

Se desempeñó como Secretario Académico de la UNLPam, Profesor Titular de la Cátedra de Pedagogía Universitaria, Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas y miembro del Comité de Referato Internacional de esta Revista. Fue designado Profesor Emérito de la UNLPam.

Esta sección está destinada desde el inicio de PRAXIS a recuperar su producción.

Luis F. Iglesias

Discurso pronunciado por Juan Ricardo Nervi en la entrega del Premio Aníbal Ponce (1985) al maestro Luis F. Iglesias. Publicado por Ediciones "Amigos de Aníbal Ponce"



Paz crepuscular
Juan Carlos Durán

DISCURSO

Premio Aníbal Ponce - 1985: Luis F. Iglesias

JUAN RICARDO NERVI



Detalle obra «Paz crepuscular»
Juan Carlos Durán

Señoras y Señores:

Ya ni recuerdo qué día feliz de mi vida me encontré con Luis F. Iglesias. Ya había yo recorrido un largo tramo en un itinerario magisterial signado por algunas vicisitudes, desde la peninsular y selvática Misiones hasta la pampa seca en un periplo de asombros y frustraciones, de duda y obstinación. Ser *maestro* es una consigna dolorosa cuando se lo es sin atenuantes; pero es también un desafío para quienes acepten serlo como un ideal de servicio o un mandato irrenunciable que convoca el lema sarmientito de “educar al soberano”. Ser maestro es serlo todo o no ser nada. Y en ese juego de báscula, en tenaces, intensas jornadas de lucha, cuando fue necesario *dar la cara* para que no hubiese dudas acerca de la legitimidad de nuestros desvelos, rebeldías, protestas y reclamos por una escuela que nos estaban destruyendo en acoso implacable, allí, codo con codo en la misma trinchera abierta en defensa de la educación popular, la presencia de Luis F. Iglesias fue un acontecimiento luminoso. Un cuarto de siglo ha transcurrido desde entonces. Y esa amistad ha sido, y sigue siendo, enriquecedora. Por eso, cuando se me comunicó –en una apacible tardecita mejicana– que

me había tocado en suerte usar la palabra en el acto de entrega del Premio Aníbal Ponce 1985, a mi admirado y entrañable amigo, la buena nueva me emocionó vivamente, y he de confesar que allá, en la soledad de mi bohardilla, derramé lágrimas. Y es que sé muy bien lo que este premio significa para Iglesias. Ambos compartimos la que podríamos llamar *devoción* por Aníbal Ponce. Pero pocos como Luis han hecho de esta devoción un culto. Pocos lo han honrado como él lo ha hecho en la tierra donde Ponce terminó sus días. Porque al igual que el autor de *Educación y lucha de clases*, Iglesias encarna en México –con proyección latinoamericana– el espíritu de los tiempos nuevos preanunciados por aquél para la escuela de nuestro siglo. No es casual que en el ámbito educativo de la República Mexicana los nombres de Aníbal Ponce, Jesualdo Sosa y Luis F. Iglesias estén unidos afectiva e intelectualmente cuando se trata de valorar, en términos de pedagogía comparada, la tradición de progreso que asienta en la cultura rioplatense. Esa compañía comporta el reconocimiento a una vida y a una obra tan justicieramente reconocidas, hoy y aquí, en su propia patria, a través del homenaje que implica el premio al “Maestro Iglesias”, máxima calificación –la de llamársele MAESTRO– que se confiere en tierra azteca a quienes honran de verdad su magisterio.

De tanto como se ha dicho y escrito acerca de Luis F. Iglesias, surge, nítidamente recortada en un friso de ruralias, la personalidad labrada por el maestro en tenaces, intensas jornadas de afanoso quehacer. En su itinerario docente, en la ruta iniciada apenas egresado de la Escuela Normal Nacional de Lomas de Zamora hace exactamente medio siglo, hay mojones que, por encima de los mezquinos, tardíos reconocimientos, y mas allá de las postergaciones escalafonarias típicas del sectarismo oficioso se emplazan en su trayectoria para señalarnos el rumbo el maestro rural unitario de la escuelita número once de la pampa húmeda, llegara a Inspector Jefe del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires en 1965, es decir, treinta años después. No obstante, entre los años 1959 y 1962, contratado por la Universidad Nacional de La Plata, tendrá oportunidad de iniciar, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de esa alta casa de estudios, el primer programa universitario de la Argentina dedicado a “Organización y didáctica de la enseñanza primaria”, y contratado en 1965 para desarrollar, allí mismo, un curso sobre “Educación en el medio rural”. Con extensos considerandos, el Director del Instituto de Pedagogía de la universidad platense, Ricardo Nassif, había apelado ante el Decano de la Facul-

tad respectiva por la decisión de declarar desierto el concurso para proveer la cátedra hasta ese momento ocupada por el Maestro Iglesias no obstante su eficiencia profesional, ampliamente probada en el desempeño de su labor en la docencia universitaria. Decía ese excepcional pedagogo latinoamericano que fue Ricardo Nassif en su apelación al Decano de turno y entre otros conceptos igualmente laudatorios: "Creo oportuno agregar, como datos ilustrativos, que la obra de Iglesias es conocida en toda América Latina y en muchos países de Europa; que el Gobierno Mexicano realizó, en 1964, en una tirada de 50.000 ejemplares de su libro "La escuela rural unitaria" para distribuir entre sus maestros y que Iglesias fue designado en México, por unanimidad, secretario de la Asamblea Mundial de Educación con el voto de 40 países americanos, europeos, africanos y asiáticos. Al margen de las normas reglamentarias de los recursos y de las apelaciones, el enérgico reclamo del profesor Nassif, embargado por un profundo *sentimiento de frustración* -son sus palabras- por *la pérdida de un maestro* auténtico arbitrariamente eliminado por académicos de toga sin duda poco frequentadores de las aulas primarias y sin duda disidentes de Sarmiento cuando, acaso refiriéndose a algún togado presuntuoso, dijo socarronamente que "...Los títulos no acortan las orejas", el reclamo de Nassif, repetimos, pone las cosas en su lugar, cuando, en la rúbrica de su alegato, manifiesta:

"La presencia de Iglesias en nuestra carrera tenía una gran importancia, porque él traía no sólo el conocimiento, sino también la vivencia, la concreta experiencia que enriquece a la pedagogía académica y contribuyente a una formación plena de los alumnos a los cuales se les brinda la oportunidad de entrar en contacto con el creador de un ensayo pedagógico exaltado por todos aquellos que pudieron seguirlo de cerca..." Y, a modo de remate, agrega Nassif estos conceptos que debieran ser paradigmas de los pedagogos que egresan de nuestras universidades: "Las ciencias de la educación deben enseñarse 'conjuntamente' por teóricos que simpaticen con la práctica y realizadores que a la vez sean capaces de un alto nivel teórico. A este requisito Iglesias lo cubre con generosidad..."

Señores, me he extendido en estas acotaciones ex profeso y en homenaje a quien, como Ricardo Nassif, se honró honrando a un singular "maestro de banquillo", como suele llamarse en México a los docentes de escuela primaria. Además, he querido yo mismo, *honrar a quien honró*, esto es, a uno de nuestros pedagogos más representativos, como lo fue Nassif.

Una de las constantes de la docencia de Iglesias, por otra parte, es la que recalca el ilustre autor de *Pedagogía de nuestro tiempo*: la idoneidad y originalidad didáctica demostrada en los hechos y teorías con una versación sólo parangonable con la de los grandes maestros que tuvo el país: un Mercante, un Pizzurno, una Clotilde Guillén de Rezzano, una Olga Cosettini, un Carlos Vergara, por citar solamente algunos.

En su currículum profesional se refleja la infatigable acción desarrollada dentro y fuera del país, en el periodismo y en el libro, en los foros y tribunas donde alzó su prédica cada vez que creyó necesario esclarecer y orientar al magisterio. Ya se ha dicho que la Liga Internacional de la Enseñanza, la Educación y la Cultura Popular junto con la prestigiosa Academia Mexicana de la Educación, lo designaron Secretario General de la Asamblea Mundial de Educación, y que la precitada Academia lo cuenta entre sus miembros honorarios. Debe consignarse que en 1961 y 1970 fue invitado por la UNESCO a presentar su candidatura para cubrir cargos de experto en educación rural en Haití y Bolivia, y que en 1981 fue contratado por las Naciones Unidas como Consultor del Proyecto de Asistencia Técnica, también de UNESCO, al Proyecto de Educación Nicaragua-BIRF, refrendando así la designación que veinte años atrás, en Tandil, lo acreditara como Asesor Argentino para el Seminario internacional sobre "Expansión y mejoramiento de los servicios educativos en el medio rural". Cursos, cursillos, clases, conferencias, participaciones en mesas redondas e intervenciones en actos organizados y realizados en instituciones culturales y escuelas, donde alternan los temas y problemas de su interés y dominio, vale decir: el libro y la lectura de niños y adolescentes, la literatura infantil, el aprendizaje de la lectoescritura, la televisión y la educación, la deserción y el analfabetismo, la creatividad en el niño, la edificación escolar, lo han llevado de aquí para allá en un entusiasta, fervoroso y, yo diría, *alegre* trajín pedagógico. En este aspecto, son memorables sus cursos relativos al "Trabajo creativo del docente rural" y "Organización y didáctica de la escuela rural" dictados en Entre Ríos, en la provincia de Buenos Aires, y en distintas ciudades mejicanas.

El Premio Aníbal Ponce 1985 le llega a Iglesias precedido por el Primer Premio Nacional de Ciencia de la Educación, acordado, en 1984 por la Subsecretaría de Cultura de la Nación a la producción científica, artística y literaria correspondiente al período 1977-1980. Premios aparte, es preciso, indispensable, obligado, contarles a ustedes cómo y cuánto el nombre del "Maestro Iglesias" se ha difundido en la República Mexicana.

México suele ser tierra arisca, difícil, para quien no llegue a ella con un voto de humildad. En el primer cuarto de siglo, Gabriela Mistral -aunque llegó de la mano de Vasconcelos- debió sobrellevar las vicisitudes de una adaptación siempre comprometida con su singular temperamento poco afecto a las concesiones. Gabriela fue, a su modo, la precursora de Iglesias en lo que desde antaño ha sido para los mejicanos la médula de su problemática educativa: la escuela rural. Curiosamente, fue en tierra xalapeña, en la bella Veracruz, donde la maestra-poeta del valle de Elqui, sumó su lirismo al de las pujantes "Misiones Culturales" que constituyeron la primera gran cruzada de la educación rural en América latina. Y es justo destacar que en México todos los caminos de su evolución en su com-

pacta y multitudinaria marcha hacia el futuro, pasan por la educación del pueblo. No fue casual que la flor y nata del magisterio republicano español se asilase en tierra mejicana continuando en ella las experiencias que iniciara en la península ibérica. La escuela primaria, especialmente, fue la beneficiaria de aquel exilio; la escuela rural fue la receptora del espíritu renovador que pedagogos de la talla de Herminio Almendros, Ramón Costa Jou o Patricio Redondo, propusieron e impulsaron en anticipaciones todavía hoy revolucionarias si se considera que el ideario de Célestin Freinet es apenas conocido en la mayoría de los países indoamericanos, si se piensa que la técnica de Blonski -la de “los complejos”- fue ensayada a la par que en la URSS, en la escuela rural mejicana, y si -como lo afirmó la norteamericana Catherine Cook- “la casa del pueblo” de las campiñas de México constituía el modelo a seguir para la educación progresiva en las zonas rurales estadounidenses. Pues bien, en esa escuela que concita el desvelo de las autoridades educativas mejicanas, Luis F. Iglesias ocupa uno de los sitios asignados a los grandes renovadores de todos los tiempos. En Xalapa la escuela rural unitaria de Xico se denomina *Maestro Luis F. Iglesias*, y en la misma ciudad que albergó en 1921 a Gabriela Mistral, el Centro de Educación Básica para Adultos y Enseñanza Ocupacional se denomina “Profesor Luis F. Iglesias”. En la cátedra de Pedagogía Comparada de la Universidad Pedagógica Nacional, se estudia comparativamente la “Técnica de Guiones” de Iglesias, técnica que viene siendo utilizada -previos ensayos efectuados por la Secretaría de Educación Pública a través de la Dirección General de Mejoramiento y Capacitación del Magisterio en todo México- en los estados de Veracruz, Jalisco, Chiapas, Tabasco, y en cientos de escuelas rurales del Estado de México. En la cátedra de Educación Rural, de la Escuela Normal Veracruzana, de hecho la más importante Escuela Normal del interior del país, se estudia fundamentalmente la didáctica del maestro Iglesias. Así, pues, en un país de avanzada en materia de educación rural; en un país de suyo arisco, difícil por sus exigencias para con el extranjero, se respeta y venera a quien, como él, ha hecho de la humanidad su blasón de maestro.

Refiriéndose a Aníbal Ponce, Héctor P. Agosti, nos dice que “...llegó a México a principios de marzo y comenzó en seguida a buscar la manera propicia de conquistar la altiva dignidad de comer su pan duro. Con incisivo trazo de aguafuerte dejó don Jesús Silva Herzog la imagen de esas primeras jornadas”: “...no fue a buscar la amistad de los políticos influyentes ni de los personajes de moda. Lo que hizo fue buscar trabajo, y claro que lo encontró. Un hombre como él hace falta en todas partes donde no haya sido asesinada la libertad...” y agrega Silvia Herzog: “Trabajó en la cátedra, en la conferencia, en el artículo y en el libro. Impartió cultura seria y auténtica, cultura de primera mano y de la mejor calidad...” En esos días, escribe Ponce a su hermana Clarita: “Después de unos meses de descanso forzado he vuelta a recuperar

la alegría del trabajo...”

En esas mismas comarcas michoacanas, también en la cátedra, en la conferencia y en el libro, tras la imborrable huella de Ponce, compartió Iglesias con sus discípulos mejicanos *la alegría del trabajo*. Y es que al impartir “cultura seria y auténtica, cultura de primera mano y de la mejor calidad”, rendía el mejor de los homenajes posibles al docente emérito de la “primera Universidad Socialista de América”, como con “candoroso énfasis” denominó José Gallegos del Río -su rector- a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, la alta casa de estudios donde “oyentes de pie” aclamaban a Ponce al final de cada una de sus clases.

En fecha reciente, las páginas destinadas sábado a sábado al magisterio y la educación, en el diario “El Día”, se ocuparon largamente del maestro Iglesias con motivo del Premio Nacional de Ciencias de la Educación que él obtuviera. El afamado maestro Alberto Beltrán, Presidente del Director del prestigioso órgano mejicano y a la vez eximio dibujante, ilustró el extenso artículo congratulatorio con un vigoroso retrato del docente argentino que, como dijera otro esclarecido intelectual de México, “figura ya, junto a Aníbal Ponce, en el lugar más entrañable que en el corazón de los mejicanos ocupan los maestros argentinos” (Luis Álvarez Barret). Ese reconocimiento, se registra en no pocas tesis profesionales presentadas en Escuelas Normales y Universidades, en los niveles de profesorado, licenciatura y maestría hasta llegar al doctorado, y versan sobre “la técnica Iglesias” o su equivalente -“la técnica de los guiones didácticos”- en el contexto de la pedagogía prevista por el maestro de Tristán Suárez para la escuela rural unitaria.

Debe perdonárseme este, acaso minucioso, intermedio mejicano. Y es que debo decir que he participado, con alborozando orgullo y a lo largo de ocho años de permanencia en aquel generoso país, desde Yucatán hasta Chihuahua, en jornadas técnicas en las cuales era inexcusable el criterio orientador de una pedagogía de cuño argentino apta para su desarrollo y crecimiento en el árido espacio de la educación latinoamericana: la pedagogía de Luis F. Iglesias.

Bajo la advocación de Romain Rolland y con aquel introito: -“Amigos, amigas, ¡qué lindo es ir juntos!- en los cuadernillos “Líluli”, apareció en 1945 *La escuela emotiva*, un ensayo pedagógico afirmativo del principio rector que, asentado en la creatividad del niño, ya había objetivado en *Viento de estrellas*, esa deliciosa antología de composiciones escolares. En *La escuela emotiva*, escuela donde, como lo quería Unamuno, “el arte ha de revelarse antes aun que la naturaleza”, hay un hálito de lúcida, transparente afectividad donde la ternura es su ámbito y la moralidad se resuelve en el logro de la disciplina interior. Al referirse a la maestra Isolina y a su labor educativa innovadora, Iglesias convoca un pensamiento de Aníbal Ponce que bien puede aplicarse a su propio perfil docente, puesto que pocos como él logran, como lo recama Ponce, “remover poderosamente la mentalidad de

sus alumnos tan sólo con añadir a la enseñanza propiamente técnica ese otro estimulante poderoso que se llama *Las ideas de su tiempo*; no las palabras grises de los libros de texto, sino las apasionadas y candentes que circulan en las calles, se enardecen en los cafés, se enorjecen como ascuas en las plazas públicas... 'Parteros de almas', se decía Sócrates ¿y qué otra cosa sino parteros de almas son profesores (...) que en la intimidad de las aulas o en las páginas estremecidas de ciertos libros elevan poco a poco, hasta la plena conciencia, todos esos nobles deseos de adolescentes que esperaban anhelantes una expresión que los defina, una fórmula feliz que los profile..."

Como a Goethe -el joven Werther- revolviéndose impotente para desnudar el sentido y la fuerza del poderoso mundo emotivo, el primigenio ensayo que encierra aquel cuadernillo de "Liluli" sigue desvelando a Iglesias. Es probable que en *la escuela emotiva* pueda hallarse la clave para interpretar (o desentrañar) otros desvelos del poeta que subyace en el maestro.

LA ESCUELA RURAL UNITARIA se constituyó en el acontecimiento bibliográfico que, en materia pedagógica, sacudió al magisterio en los años cincuenta. Otros autores -en España, en México, en Venezuela, en Perú- habían dado a conocer libros meritorios con similar temática, pero ninguno alcanzó el alto predicamento de una obra tan completa y de tanta originalidad. En su enfoque acerca de "la lucha por la libertad creadora en la escuela argentina", esto es, *Los artesanos de la enseñanza moderna*, al dedicarle íntegramente el Capítulo III de su libro, señalaba Delia Etcheverry: "cuando se acaban de recorrer las páginas de *La Escuela Rural Unitaria* (...) quedan incorporados a nuestro recuerdo las alternativas de la vida en su escuela con los personajes, esos niños que cobran realidad de protagonistas ..." Y recalca la pedagoga platense lo que constituye, en la línea de una didáctica anticipatoria de proposiciones no-directivistas hoy en boga, el cilindro-eje de las propuestas tácitas o expresas en el libro: "...la creación que toca la sublimidad del arte...(puesto que Iglesias) ha elaborado con su labor docente, un mundo donde maestros y alumnos, teniendo como fondo nuestra pampa, teje la obra de los días y anudan con sus sueños, esperanzas y conquistas del mundo cotidiano, una vinculación que nos alcanza a nosotros también, los que admiramos su trabajo..."

Pero no hemos de engañarnos ni presuponer que Iglesias se abandone al espontaneísmo, tan fustigado por Gramsci, ni al "vuelo onírico" de una *libertariedad* a la manera de Neill. Dijimos en el prólogo de su "Pedagogía creadora" (el primero de cuatro tomos en los que se incluyó a *La escuela rural unitaria*) que en dicha "summa" pedagógica nuestro autor se evidenciaba "como un genuino técnico, de acabado dominio sobre los hechos y teorías de la escuela..." Acotábamos, en relación con lo antedicho, que esa calificación implica "adscribir al término una connotación humanística que lo alivie de la carga peyorativas que suele identificar al técnico

con el tecnócrata. Más aún, su fina percepción de la didáctica en su triple dimensión heurística-normativa-orientadora, lo sitúa en el terreno dialéctico de una pedagogía de confluencia y síntesis, desprendida de la rutina experiencial y asentada sobre la *técnica creadora*, esto es, la técnica concebida como "arte evolucionada, transformada por la ciencia".

Decíamos entonces que "el dinamismo de esta concepción se sostiene en el profundo nexo y la ulterior cohesión intrínseca del "arte" y la "ciencia" de educar. Se trata -como bien apunta Raymond Buyse- de dos actitudes complementarias: "saber" y "hacer"; teoría y práctica; conocimiento y acción, es decir, el *saber* en cuanto ciencia, y el *hacer* en cuanto arte. En suma: el *saber hacer*, o, en una gran síntesis dialéctica, la técnica concebida como "el arte esclarecido por la ciencia". Ésa y no otra es la clave de la pedagogía creadora tal y como se la reconoce en la concepción de la escuela rural unitaria de Iglesias, es decir, prevista como un reto a la capacidad de originalidad del maestro, y, a la vez, inmersa en fundamentos científicos sin los cuales la creatividad podría extraviarse en los laberintos de la improvisación, o desembocar, como contraparte, en un rígido, rutinario formalismo didáctico.

Al trasluz de lo que se da como evidencia de una flexible praxis, de una sincronizada elaboración de los contenidos culturales de la enseñanza, se hace visible la trama doctrinaria que sirve de apoyo a las proposiciones del autor de *La escuela rural unitaria*. Puede asegurarse que no hay un solo concepto que no haya surgido de un meditado que-hacer inserto en la cotidianidad de la relación docente-discente, fundado en la experiencia del aula, que es el laboratorio psicopedagógico apto para convalidar los diseños de investigación y las hipótesis de trabajo útiles al progreso de la educación.

La pedagogía de Iglesias surge de esas laboriosas instancias, trajinadas día a día con la persistencia del investigador en su paciente inventario de datos y en la búsqueda de respuestas concretas a los interrogantes que presenta a cada paso la diversificada problemática educacional. La vitalidad indagadora y a la vez transformadora del maestro completo que hay en Iglesias, consustanciado con la inseparable visión de la realidad socioeconómica y su peculiar ámbito escolar, y a la vez, dotado de la versación que le permite remontarse desde el plano de las realizaciones inmediatas hasta los principios universales de la ciencia de la educación, contribuyen a hacer de su obra una coherente lección acerca de cómo y cuánto la filosofía y la pedagogía se complementan en el hecho didáctico. Es así como, en sugestiva ruptura con distintas concepciones supuestamente renovadoras, pero adoptando -en la línea de Freinet- la posición de un activismo sociocéntrico, Iglesias adhiere a la vigorosa corriente de una pedagogía científica distante y distinta de la hipertrofia cientificista y ajena a las estridencias del neoconductismo y sus publicidades taxomanías con las cuales, so pretexto de confu-

sas reformas, se frena la continuidad de procesos que entroncan con la mejor tradición de nuestras instituciones educativas. Recoge, así, la herencia democrática y popular de quienes –sin renegar del sentido universal y unitario de la cultura– construyeron y desarrollaron una educación nacional acorde con el ideario sarmientino. De facundia autóctona, pero sin olvidar que la educación es patrimonio común de la humanidad, el enfoque de Iglesias no se detiene en el registro meramente didáctico del fenómeno educativo, sino que lo penetra para redescubrirlo y mostrarlo en sus disímiles facetas estructurales y también en la fecundidad de su dinamismo, sea en el proceso enseñanza-aprendizaje o bien a través de la relación inseparable de los componentes de la situación didáctica integradora en el “qué”, el “cómo” y el “para qué” de dicho proceso. El plano didáctico normativo –con sus fundamentos psicológicos– se inserta, como corresponde, en un esquema organizativo institucional capaz de asegurar la formación ético-estética-social del alumno. Fácil resulta inferir que la escuela pensada, vivida y descrita por Iglesias, es la escuela de la democracia; su entorno es el de la libertad orientada hacia la coparticipación solidaria y responsable, hacia la socialización sin desmedro de la individualidad del niño. En esa escuela el maestro asume la función orientadora del aprendizaje apelando con frecuencia a la observación y la experimentación, estimulando las aptitudes creadoras del educando y, sobre todo, cuidando que la transferencia se satisfaga eficazmente a favor de los resultados previstos en una bien coordinada pero flexible planificación. Por encima del “magíster dixit” del perennialismo, en función de una clara visión de la naturaleza y condiciones más aptas para el desenvolvimiento autónomo del alumno en *su escuela rural unitaria*, es decir, al dorso de las utopías, hay un empeño autogestionario que en muchos aspectos se asemeja al de Makarenko. Como ya hemos señalado, la “Técnica de Guiones” es el instrumento didáctico por excelencia, pero es el espíritu que anima a dicha Técnica, la fuerza creadora de ese émbolo motivador que es el maestro, lo que le confiere sentido y dimensión formativa. Un pedagogo de la proyección internacional de Juan Mantovani, enfatizó la vitalidad motivadora que hizo posible el prodigio de una escuela como la de Iglesias. “Su obra es renovadora –decía el doctor Mantovani– porque demuestra cómo se puede salir de la rutina y el empirismo mecanizador, tan frecuentes en las aulas, y alentar, en cambio, con alegría y esperanza, el libre desenvolvimiento y la segura formación de niños de cualquier procedencia social, económica, cultural...”

Los niños actúan y realizan –en un ambiente de libre iniciativas y de colaboración– labores que concurren a desenvolverlos y formarlos mentalmente mediante el ejercicio de la autocrítica y la autocorrección, como también a desplegar sus posibilidades creadoras y de libre expresión.

Al dar cuenta de la aparición de *La escuela rural unitaria*, comentaba el inolvidable Ricardo E. Pose en la sección bibliográfica de “La Prensa”: “...Y

quien lea esta obra deténgase en los fragmentos del ‘Diario de Ruta’, constancia emocionada de la labor de cada día, que anhelaríamos ver publicada íntegramente...”. Ese anhelo de Pose se cumplió cuando, en las postrimerías del año 1963, vio la luz, en edición de Lautaro, este documento vivo –bellamente reeditado en fecha reciente– de tan alto nivel testimonial que bien puede equipararse a las páginas más luminosas de similar tesitura registradas en los anales de la pedagogía universal.

DIARIO DE RUTA resume, a modo de “cuaderno de bitácora”, los episodios que cotidianamente reflejan el ser y el quehacer de SU escuelita de campo. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DE UN MAESTRO RURAL es el hesiódico subtítulo de la obra, cuyos protagonistas son los niños asistidos por un guía didáctico co-participativo, interviniente cauteloso en un no-directivismo fundado en la autonomía creadora, en freinetiana autogestión precoz, en la libertad con sentido y contenido integrador. El mismo Iglesias lo explicita cuando se sitúa “al pie de la obra, y más aún, en la obra misma”. Ello implica –y alguna vez lo dijimos– una modalidad docente, una concepción práctico-teórica que suele diferir de la admitida y manejada por la teoría académica donde –son sus palabras– “se encuentran a veces estudiosos que viven en vigilia sobre el mismo pulso de las realizaciones objetivas, por más humildes e intrascendentes que parecieran ser...”, pero donde, asimismo, se encuentran en exceso quienes, “...con audacia e irresponsabilidad, evadidos de toda realidad y contacto, intervienen en la materia desde sus altos sitios, esto es, desde el Olimpo donde Makarenko los tenía ubicados con justísimo ironía...”

La precedente referencia a Makarenko –al igual que su ulterior identificación con la pedagogía de Sujomlinsky– comporta una aproximación a la ya mencionada idea de un activismo didácticamente adscripto a una praxis significativa, o, si cabe, *productiva* en el imprescindible ensamble educativo del trabajo manual e intelectual, es decir, en el trabajo escolar. DIARIO DE RUTA examina, por el camino de la praxis, la topografía de la verdad que, en alegre búsqueda, va descubriendo el niño cuando la vida se tutea con la ciencia, y, a la manera pitagórica, lo científico es, por añadidura, lo poético. Iglesias ensaya su peculiar abordaje de la realidad en los términos con que el ya citado Ricardo E. Pose apunta la fina penetración lírica con que el maestro de Tristán Suárez recorta el perfil de cada situación en cada jornada. Dice, en efecto, el maestro Pose: “...El alma y la emoción de lo realizado está allí, en lo que el maestro se cuenta a sí mismo, en el registro de cada emoción, de cada momento de la vida palpitante de esa escuela que fue un refugio de amor y de esperanza, un canto de liberación para el niño...”

Esa profesión de fe en el maestro de las escuelas del pueblo, ese acto de amor que le hace posible “mirar al niño sin dejar de ver al hombre”, comporta una actitud militante, sostenida en la lucha que, sin estridencia, lo ha llevado del aula a la

calle, y de la cátedra a la cárcel sin que en ese tránsito perdiese de vista la dimensión sociopolítica y moral de su pedagogía liberadora. Así, ha podido decirnos, afirmando en su ejercicio habitual de la dignidad cívica:

“Piensa que desde temprano, desde muy temprano en todo el país, nuestra escuela tiene que darse ya a la tarea de formar a ese ciudadano esclarecido y combatiente llevándolo de la mano hasta donde sea posible para enraizarlo, meterlo en el tuétano de los problemas que a todos nos atañen, ahora, aquí mismo; y que es maniobra de distracción y complicidad ciega, seguir hablando de la patria a través de su pesada simbología como se hace tanto y tan a menudo, dejando la realidad de lado, olvidada y menospreciada...”

¿En qué momento este dramático llamado, este reclamo anticipador de las dolorosas y también de las patéticas humoradas padecidas por nuestra inocente democracia, en qué momento, repetimos, fue escuchado...? Aquél casi alarido de León Felipe cuando gritaba “¡El lobo... el lobo... cuidado que viene el lobo...!” como en la fábula del pastorcillo mentiroso, asumió particular resonancia en la voz premonitoria de Iglesias. Llegó, ciertamente, el lobo a la España de León Felipe. Y llegó, voraz, rapaz, feroz, a nuestra patria desvalida, sorda y extraña a la táctica denuncia de omisión e inanidad planteada desde la pampa por un maestro rural.

Estos trabajos y estos días del maestro rural que nos ocupa y que tiene a bien pregonar su linaje –sin duda el más importante, como en su momento lo apuntó Jean Piaget al referirse al maestro primario– tienen la intensidad de lo vivido, lo gozado, lo padecido y lo soñado. Son trabajos en días de sol y de niebla, de bochorno y de escarcha; días frágiles como alas de mariposas y duros, tensos como sus cielos de amianto. Trabajos en los que se hermanan a veces desvelos y vigiliadas para que el culto del esfuerzo no se haga trizas en el sacrificio y la voluntad de hacer entre todos fructifique en la personalidad de casa uno. Trabajos y días en que la forja de ese “ciudadano esclarecido y combatiente” de las democracias conlleva la preocupa-

ción del maestro, como en ese “27 de septiembre” que registra el *Diario*: “Temporal cerrado e intenso. Barro, barro. Y se anuncian dos o tres días de inactividad, tal vez la semana entera. Vuelvo a pensar en los lugares donde ellos hacen las cosas de la escuela y no puedo menos de comprender y perdonar todos sus retrasos, todas sus desprolijidades. En cocinas oscuras, de chapas que sacude el viento, que gotean agua con escoria y auténtico negro de humo; en las corrientes del patio, casi en campo abierto, entre los animales de la casa, perros y gallinas; entre la familia que va y viene, grita, lo interpela; y la peonada que quiere entretenerse a su costa, y la hermana mayor que aturde con la radio... () Anda, visitas tú como yo he visitado sus viviendas, y conócele allí en su lugar de vida y pasión; pon tu mano sobre la mesa tajeada en que él escribe, siéntate en su banco duro. Vuélvete y exige luego, si es que no has muerto de vergüenza y piedad...”

Permítaseme, todavía, otra cuota de morosidad en el comentario de este libro en el cual también “la alegría y la pena son gemelas”. Y es para transcribir, fragmentariamente, la bitácora del “29 de abril” donde, después de una fervorosa defensa de “la maestría” que padece humillación y pobreza, clava su verduguillo en quienes la entregaron, “impotente e indefensa, al juego de mezquindades de cuantos detentan el poder”. Y afirma Iglesias:

“Para los altos cargos directivos de la enseñanza, en un país que tuvo a Sarmiento entre los primeros presidentes, se prefirieron hasta aquí a abogados, hacendados, ingenieros... y nunca a



Naturaleza muerta con espectro
Gloria Corral

maestros de carrera, como ha sido denunciado y reclamado hasta el cansancio. A mitad del siglo XX –agrega– todavía la humillación y la altanería untan el pan amargo del soldado raso de la escuela primaria. ¡Y qué exigencias ridículas y absurdas han querido de nosotros esas gentes: cruzadas, colectas, vocinglería patrioterica, catecismo, la salvación material y moral del país en el plazo de una semana programada, la sanidad, la langosta, el ahorro, la aviación...! Una sorda resistencia, mansa y muda, muchas veces bien arropada de hojarasca e hipocresía, es la persistente respuesta. Hay que estar fuera de la escuela y muy lejos, para ignorar todo esto...”

DIARIO DE RUTA es una bella incitación, una caudalosa vertiente polifurcada en un delta de sugerencias donde lo filosófico, lo político y lo pedagógico se integran en la confluencia de lo didáctico concebido como síntesis dialéctica de lo que, en términos de fluencia, movimiento, lucha, cambio, transformación, es para Iglesias la educación. Permítaseme, todavía, ilustrar estos conceptos con nuevos párrafos del “Diario”, por ejemplo: “Siempre he pensado que el hombre común de fresca vital que se forma en la escuela, ya no puede ser contaminado y humillado con la sofocante atmósfera de coerción y mando a todo trazo, de ya antigua data. Y que para asegurar su signatura optimista, audaz, emperadora, nada tiene que hacer el régimen monacal de sumisión y silencio, de renunciamento al juego, al grito, a la alegría...” Acaso parafraseando a Bertrand Russell en uno de sus escritos libertarios acerca de la educación, Iglesias apela a la solución pedagógica que se basa “en los *cuántos* y *cómos* del organizar, equilibrar, complementar...” (esa) ardua polémica, todavía tangencialmente tratada en las academias. “Y – subraya– a esta reconocida confusión de códigos me acojo hoy, cuando sin atribuciones me recluyo en el aula vacía del recreo, mientras mis frustrados coleccionistas toman al asalto sus bastiones de alegría y juego libre...” Es allí y entonces cuando el maestro de Tristán Suárez piensa “que nuestro trabajo no puede concluir en los límites de la repetición y la asimilación (pues), hay urgencia perentoria de *despertar al dormido*, como quería don Antonio Machado; de asistir y alentar al niño en su impulso creador, para que desde temprano sea una fuerza autónoma, libre, capaz de pagar bien su tributo de tránsito por la existencia...” Y completa las notas de ese día con una reflexión para nosotros conmovedora: “Si todos los hombres repitieran ¡ay de la cultura!; si sólo fueran unos pocos los creadores, privilegiadamente estimulados desde las primeras horas... ¡qué lento el paso de la civilización, qué lástima de valores nuevos dormidos, hundidos, perdidos! Hasta aquí se pidió a la escuela que vistiera, con corte y medida estandarizada, a sus alumnos. La hora de otra responsabilidad, que quiere la salvación del niño intrépido, audaz, dueño de sus fuerzas en plenitud de gozo y desarrollo, golpea nuestras puertas...”

La *Didáctica de la libre expresión*, último libro publicado por Iglesias, es una deslumbrante “summa” de lo que Mantovani ya había advertido en la *La escuela rural unitaria*: el aprovechamiento de un mundo de sugerencias expresivas provenientes de la portentosa imaginación del niño. La utilización del vocablo “aprovechamiento” no es casual. Se integran en ellas las experiencias del autor y su familiaridad con los maestros dilectos de ayer y de hoy: Décroly con su tríada *observación-asociación-expresión* sosteniendo equilibradamente los “centros de interés”; Freinet, con la frescura de sus “textos libres”; Henri Wallon deleitado por los dibujos de “los chicos de Iglesias”; Herminio Almendros, en su Cuba adoptiva, temeroso de que “la reacción rancia y rutinaria” frene la pedagogía liberadora de Iglesias y acalle *la voz pedagógica* de la Argentina; Olga Cossettini, desde el ancho umbral de su escuela serena; Jesualdo, con su incumplida promesa de ir deshuesando con afilado bisturí pero con cariñoso oficio de amigo leal, “esta epopeya de la expresión infantil” que es la *Didáctica* de Iglesias. Para quienes, acaso por esa cuota de “snobismo” que suele confundirse con actualización, la voz *didáctica* suene a antigualla, con reminiscencias de Ratke o de Comenio; para los que suponen “estar al día” en materia pedagógica suplantando el léxico propio de una semántica sin complicaciones, es decir, inteligible, entendible, por la terminología usual de las corrientes “a la moda”, ya el título mismo de este libro es un desafío y a la vez un rescate de una pedagogía con acento nacional. Esta didáctica es moderna en el sentido que Freinet confirió a su escuela popular moderna, esto es, fundamentalmente orientadora. La metodología subyacente para la conducción del aprendizaje de la lengua, puntualiza la lección de los fracasos en la capacidad de reacción que lleva a superarlos. La adhesión de Iglesias a las expresiones libres escritas e ilustradas por niños y adolescentes, responden al desarrollo de la capacidad creadora que, en términos psicogenéticos, entronca con las experiencias que Décroly, Monchamp, Hamaide, llevarán a cabo para asegurar la fiabilidad del método global –ideográfico, ideovisual, ideoaectivo– para la enseñanza de la lectura y la escritura. Esta didáctica será tanto más moderna y popular cuanto más democrática y original, es decir, del pueblo, sea la escuela. En ese aspecto, comporta la humanización del sistema educativo. Y decir *humanización* equivale cabalmente a poner la casa en orden, los utensilios en su lugar para usarlos en el momento oportuno, simple y sencillamente como lo que deben ser: recursos, subsidios didácticos, implementos, maquinarias al servicio del maestro, ese dueño de casa a quien suele pretenderse someter a la servidumbre por obra y gracia de la sofisticación tecnológica.

Didáctica de la libre expresión es un canto a la vida; una fluyente oda a la alegría con su carga de magia y maravilla. La sensibilidad, el tremendo lirismo del autor, aunado a una excepcional cultura pedagógica y estética, lo hacen indispensable –

como texto y como lectura de cabecera- para la información de los profesionales de la pedagogía en todos sus niveles y especialidades.

En agosto de 1961 comenzó a publicarse el periódico "Educación popular". Un estupendo retrato de Sarmiento, carbón del gran artista Bruzzone, y un escueto comentario al pie, sirvieron de presentación y convalidaron la línea que desde aquel primer número definió al nuevo órgano de difusión: ni más ni menos que un periódico de ideas que, CON SARMIENTO, se puso al lado de "nuestras tradiciones más avanzadas en materia educacional", para ser "un vigía atento al desarrollo creador de las ideas y realizaciones pedagógicas más positivas de nuestro tiempo". Y eso fue "Educación popular" con Luis F. Iglesias en su dirección. Alguna vez, cuando se escriba la historia de las publicaciones que tuvieron a Sarmiento y a Juana Manso como precursores y al magisterio como destinatario, es decir, cuando la investigación pedagógica rescate una a una las páginas amarillentas de los periódicos y revistas al servicio de la escuela popular y el magisterio democrático, el pensamiento rector de Iglesias en materia de política educativa podrá ser compilado a través de sus editoriales. Y es que el didacta no eclipsó al combatiente en esa actitud militante en defensa no sólo de sus colegas maestros, no sólo de la escuela de la Ley 1.420, la escuela popular, laica, científica, SINO –fundamentalmente- en defensa de los derechos del hombre. En el quinto número de "Educación popular", del mes de mayo de 1962, el editorial se tituló "Los tanques y la pedagogía" y fue escrito en el Pabellón 7 de la Cárcel de Procesados de Caseros, con fecha 28 de abril, por el codirector encarcelado. "Arrancado brutalmente de mi hogar en plena noche; forzado a sufrir la vejación del decoro humano a través de toda la gama de reglamentaciones carcelarias establecidas para los presos comunes, privado de mi libertad sin más explicaciones ni causas que la sospecha de pensar y escribir *sin pedir permiso al jefe de policía* como el viejo Sarmiento aconsejaba a la juventud del 80, siento que tengo derecho –puntualizaba Iglesias- y que el deber me obliga a informar a mis colegas de todo el país del atropello de que fui objeto. Y lo entiendo así, sin dudas ni retaceos, porque decenas de ciudadanos argentinos, por idénticos motivos, han sido igualmente avasallados y humillados, con lo que el episodio personal adquiere significación nacional trascendente y tiene ya mucho que ver con la educación democrática y aún con la posición didáctica del maestro en materia tan ambigua de nuestros programas de enseñanza..." Es importante, importantísimo señalar, que entre las decenas de ciudadanos "igualmente avasallados y humillados" por aquella siniestra pandilla de asaltantes nocturnos, figuraban maestros argentinos como Romeo Baleani y Gaspar Mortillaro, periodistas y escritores como Leónidas Barletta, y también dos escritores extranjeros famosos: Manuela Galich, docente y ex ministro de Educación guatemalteco, y Miguel

Ángel Asturias, un lustro después laureado con el Premio Nobel de Literatura.

"Educación popular" no concebía la civilidad con metralletas ni remotamente alentó alguna vocación por la violencia. A aquel encarcelamiento de su codirector siguieron otros de algunas colaboradoras, es decir, se perpetró la siempre absurda paradoja del miedo a las ideas, y quienes rodeaban a Iglesias sobrellevaron "pobreza y desgracia" –como dijera José Martí- como ciudadanos bajo sospecha por el delito de pensar y escribir "sin pedir permiso al jefe de policía"...

En el número 13, en mayo de 1963, a raíz de una nueva agresión policíaca, la voz de Iglesias denunciaba y golpeaba "...sobre los caparzones engañosos que con los artificios de técnicas prestigiosas por la moda, ocultan maniobras que quieren hipotecar nuestro sistema educativo proyectando un planeamiento argentino con la dirección técnica de expertos extranjeros y el comando cerrado de quienes giran en la órbita de intereses que, por cierto, no son ni nacionales ni populares..." Y completaba su pensamiento diciendo: "Coincidimos con la más sana opinión pública que reclama presupuestos oficiales que respondan al compromiso de sostener y ampliar dignamente, eficazmente, la vasta empresa de la educación popular que todo el territorio necesita; y que no se lo reduzca y recorte para comprar barcos o aviones de guerra que, en definitiva, con nuestros soldaditos van a jugarse por el custodio de intereses ideológicos y materiales que no son nuestros, no son nacionales ni son populares..." Aquel enérgico editorial, que –redactado por Iglesias- conciliaba a codirectores, redactores y consejeros alrededor de la idea que en 1961 había dado origen al periódico, culminaba de este modo: "Es hora de meditar a fondo sobre la interferencia y los mecanismos todopoderosos antinacionales que quieren destruir la estructura educativa sarmientina para darnos una flácida, adaptable a los contornos de sus objetivos e intereses; que encierran y manejan empleados del Estado que llaman subversivos a los maestros de primeras letras, soldados de Sarmiento y Moreno; que tienen medios y poderes para allanar nuestras publicaciones y nuestros hogares, para difamarnos por radio, televisión y prensa, para revisar nuestras bibliotecas y nuestros portafolios... y que se atreven a preguntarnos qué leemos y cómo pensamos..."

Este maestro que, inspirado en "el soldado de la paz" exaltado por Alberdi en *El crimen de la guerra*, escribió en su adolescencia una novela-alegato –"El Tamborcillo"- para contribuir a la cruzada antibélica de los niños de América con motivo de la guerra chaco-paraguaya; este maestro, enemigo del odio entre los pueblos y los hombres, forjador de la libertad en el aula y jurado defensor de la ejercida en la calle y en las instituciones con los fueros de la democracia; este maestro a quien no arredran esas "tempestades del alma" que son la vanidad, la envidia, y las felonías; es, afortunadamente, nuestro. No lo dejemos solo. Y, como esta noche en este acto, cuidémoslo, honrémoslo.